

## EL COMENTARIO DE SAN AGUSTÍN AL SALMO 41

*Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti Dios mío...*

DOMINGO NATAL ÁLVAREZ

### INTRODUCCIÓN

No cabe duda alguna que este Salmo tiene una fuerza impresionantemente. En primer lugar, por la rotunda afirmación de la búsqueda humana de Dios: “*Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti Dios mío*” (42,2). En segundo lugar, por la dura pregunta y el escarnio del descreído al fiel: “*¿dónde está tu Dios?*” (42,4 y11). En tercer lugar, por la promesa segura de respuesta: “*Espera en Dios que volverás a alabarlo, ‘salud de mi rostro Dios mío’*” (42,12).

Según bastantes biblistas, como M. Dahood o L. Alonso Schökel<sup>1</sup>, el salmo 41 y 42 son un solo salmo. Y expresaría, en la primera parte la aspiración hacia Dios y la nostalgia de la liturgia del templo. En la segunda parte se deplora el abandono de Dios y los insultos de los enemigos que lo niegan, y la tercera parte expresaría la esperanza del encuentro futuro con Dios. El salmista expresaría una experiencia de exilio y de lejanía de Dios de camino hacia el encuentro con Dios fuente de agua viva: la vida eterna.

S. Agustín y los Setenta distinguen claramente los dos salmos, 41 y 42, aunque s. Agustín cita también el repetido motivo: “*Salud de mi rostro Dios mío*”. Algunos Padres ven este salmo como la nostalgia del Templo desde el exilio de Babilonia. Eusebio de Cesarea, Diodoro de Tarso y los Antioquenos leen el salmo literalmente y lo sitúan en el exilio de Babilonia y

---

<sup>1</sup> Cf. ALONSO SCHÖKEL, L., “The Poetic structure of Psalm” 42-43, *Journal of the Study of the Old Testament*, 1(1976) 4-11.

mostraría el deseo profundo expresado en la nostalgia de Jerusalén y el Templo. S. Gregorio de Nisa ve este salmo como el paso al segundo grado de perfección, cuando se han devorado los vicios y pasiones, y se ansía la fuente de agua viva que es Dios. Cirilo de Alejandría ve aquí el ansia de judíos y paganos de ser salvados por la fe en Cristo<sup>2</sup>.

S. Ambrosio dice que Cristo es el ciervo que nos hace ciervos capaces de matar la serpiente para que podamos *habitar en la casa del Señor por días sin término* (Sal 26,4), y el *Señor sea nuestra luz y nuestra salvación y nos sacie-mos de la fuente de sus delicias (delectatio Domini)* (IB 358).

## 1. OBSERVACIONES DE I. BOCHET AL COMENTARIO DE S. AGUSTÍN A ESTE SALMO XLI

### 1.1. Los hijos de Coré. Su etimología e interpretación

Los hijos de Coré es una de las familias de cantores (2 Cro 20,19) instituidas por David en el Templo (IB 653). Y la etimología de Coré sería: *calvus, calvitium y calvaria*, y así los hijos de Coré serían: los hijos del Calvario y “los hijos del Esposo” que muere por amor a su Esposa en la cruz (IB 654-657).

### 1.2. El vocabulario de la experiencia espiritual del salmo 41(42): Los sentidos interiores y exteriores y el deseo de Dios que hace feliz

Agustín utiliza el lenguaje sensorial para hacer comprender la experiencia de Dios que *no puede ser visto sino por el espíritu y la mirada interior* (IB 658), que ve su justicia, pues Dios con su luz *nos hace ver la luz* (Sal 35,10). Del mismo modo: “*Nosotros somos el buen olor de Cristo*” (2 Cor 2,15) y Dios nos invita a: *Gustar y ver qué bueno es el Señor* (Sal 33,9). Y así, podemos tocarle o como dice la Esposa: *su mano izquierda está bajo mi cabeza y su brazo derecho me abraza* (Cant 2,6) (*Sermón* 159). Y, s. Agustín dice en el *Sermón* 28 que Dios seduce cada uno de nuestros sentidos, pues para

<sup>2</sup> Cf. SAINT AUGUSTIN, *Oeuvres*, 59/A: *Les Commentaires des Psaumes: Enarrationes in Psalmis*, Ps 37-44. Sous la direction de M. Dulaey. Avec I. BOCHET, P., y DESCOTES et P.-M., *Hombert. Institut d'Études Augustiniennes*, Paris 2017, 356-357. En adelante las aportaciones, de I. Bochet, en la Introducción a este salmo y en las *Notas complementarias*, se citan con las siglas: IB.

nuestro corazón Dios es “luz, olor, alimento”, “justicia” y todo lo demás (IB 659). Esto lo percibe bien el *sentido interior* y el *sensus cordis* o *sentido del corazón* (IB 660) <sup>3</sup>.

Y, nosotros añadimos: lo han percibido perfectamente los grandes místicos, como puede verse en el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, que une profundamente el mundo natural y el sobrenatural como se ha realizado ya, definitivamente, en la encarnación de Cristo, Dios hecho hombre. Y también lo vemos en el comentario de s. Agustín del *Sermón* 159.4 y al Evangelio de Jn, 3,2, donde se nos incita a gozar *ardiente e infatigablemente la dulzura de Dios* (IB 660-661). Y, dado que, como dice el poeta, “a cada uno le arrastra su placer”, también, nosotros, lo hemos recogido en el comentario a la IV Bienaventuranza de s. Agustín, especialmente en su texto sobre s. Juan 26, 4-6 <sup>4</sup>. Pues, como dice el Santo, el alma humana tiene también sus placeres, de lo contrario no hubiera dicho el Salmo: *Los humanos se acogen a la sombra de tus alas, se embriagan de lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias* (Sal 35,8). Esto mismo los vemos en la famosa poesía de Unamuno que dice: “encarnación es todo el universo”, que tenía san Pablo VI en su despacho, y que se reza como Himno, en el Breviario español, el Viernes de la IIª semana. En fin, como dice M. Dahood, este salmo es como la versión bíblica de “La noche oscura del alma” en la que se describe la desolación del que un día ha vivido la experiencia de la presencia amorosa de Dios <sup>5</sup>. Pero, con todo, no debe olvidarse que esta noche oscura es también noche luminosa por la esperanza de ver de nuevo el rostro de Dios como dice el salmo <sup>6</sup>.

### 1.3. El ciervo en el salmo 41: la rapidez del ciervo, el ciervo y las serpientes y el agua que purifica

Aquí s. Agustín destaca *la rapidez* del ciervo para invitarnos a correr velozmente hacia Dios y su Palabra y a la fuente del bautismo como dicen s. Jerónimo o s. Gregorio de Nisa (IB 662-663).

<sup>3</sup> Sobre los sentidos exteriores y el hombre interior puede verse: MADEC, G., *Le Dieu d'Augustin*. Cerf, Paris 1998, 122-125

<sup>4</sup> NATAL ÁLVAREZ, D., “La IVª Bienaventuranza en san Agustín”, *Revista Agustiniana*, 181-182 (2019) 214-215.

<sup>5</sup> DAHOOD, M., *Psalms I, 1-50*. A new translation with introduction and commentary. Doubleday and Company, Garden City, New York 1966, 255.

<sup>6</sup> Sobre la pregunta *¿dónde está tu Dios?* Puede verse también: MADEC, G., *Le Dieu D'Augustin*, 173-178.

Según Plinio el Viejo y sus comentaristas, el ciervo está en guerra con las serpientes, y dice s. Agustín que su sed aumenta después de matar las serpientes, y así nos incita a buscar a Dios, *fuentes de agua viva*, después de matar la serpiente del mal y del pecado, y del mismo modo, los neófitos deben buscar la fuente viva bautismal que viene del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (IB 664).

### 1.3.1. Los ciervos y el apoyo mutuo, según Plinio y otros autores

Es muy conocido el tema del apoyo fraterno mutuo y su comparación con los ciervos que apoyan sus cabezas unos en otros y se relevan, al cruzar corrientes fuertes y peligrosas, según dice Plinio el Viejo y “algunos han visto”, dice s. Agustín, *llevando los unos las cargas de los otros* (Gal 6,2). Y, porque, como dice s. Agustín con s. Ambrosio: nada prueba mejor la amistad que “llevar la carga del amigo” (In Ps 129,4). Este tema lo retoman s. Isidoro y s. Gregorio Magno, entre otros, como santa Teresa de Lisieux, que pide no escandalizarse ante la debilidad ajena, como recuerda el Papa Francisco en *Gaudete et exultate* 72, y ha sido estudiado, en s. Agustín, por A.-M. La Bonnardiére (IB 664-665).

### 1.4. La ascensión hacia Dios, en el salmo 41, y sus características

A. Mandouze ha intentado mostrar que la predicación de Agustín presenta ciertas coincidencias, dignas de notar, con el éxtasis de Ostia (*Conf.* 9,10,24-25) y con “la experiencia de Milán” (*Conf.* 7,17,23), y eso vale para el Salmo 41,7-8, y otros textos como el *Comentario al Evangelio de san Juan* 20,11-13 o el *Sermón* 52,6,16. S. Poque ha prolongado el estudio de Mandouze y la “anábasis plotiniana en la predicación de s. Agustín”, que ya estudió P. Henry en 1938, uniendo el éxtasis de Ostia a los tratados de lo bello y las tres hipóstasis de Plotino (IB 665-666), en la que se unen y distinguen la “anábasis filosófica” y la “anábasis espiritual”. El esquema de esta ascensión, en el salmo 41 es: “a) mundo sensible, b) alma y mundo inteligible y c) Dios” (IB 666) <sup>7</sup>.

Así en 41,7, el santo a) considera la tierra, el mar, el sol, la luna y que yo tengo un cuerpo, b) el espíritu ve interiormente la sabiduría, la justicia, y se conoce a sí mismo y: c) busca la sustancia inmutable e indefectible

<sup>7</sup> Sobre ¿dónde está tu Dios? en san Agustín y la entrada en su Santuario puede verse: MANDOUZE, A., *Saint Augustin. L'aventure de la raison et de la grâce*, Études Augustiniennes, Paris 1968, 679-719.

(IB 667). Lo mismo ocurre en el párrafo 8: a) busco a Dios en las realidades visibles b) la sustancia, en mí mismo y c) a Dios que está sobre mí. Y en el párrafo 9: a) los miembros del cuerpo obedecen al alma que sirve a Dios, b) el alma que obedece a Dios es virtuosa y: c) me lleno de estupor y asombro cuando llego a la casa de Dios (IB 667). Pero, con frecuencia, recaemos en nuestra debilidad, como dice el santo en el *Sermón* 52, 6,16 y otros pasajes (IB 668).

1.4.1. Volviendo a las tres etapas de la ascensión, a fin de precisar sus características, en el salmo 41, nos situamos en:

a) *El mundo sensible*. Aquí s. Agustín destaca la belleza y grandeza del mundo, que produce admiración, tanto el mar como la tierra y sus frutos como el cielo y sus estrellas, sin destacar el aspecto ascensional como en *Conf.* 9, 9,24 (IB 668). El retorno hacia sí mismo no es sólo del alma sino también del cuerpo de modo que los ojos son las ventanas del alma (*fenestrae mentis*). Y, aquí, subraya la obediencia del cuerpo al alma que obedece a Dios (IB 668-669).

b) *alma y el mundo sensible*. El santo destaca la superioridad del alma sobre el cuerpo, al que vivifica, y que el espíritu puede conocer por sí mismo, más allá de la percepción sensible, como en “la sabiduría y la justicia”. Y opone *los ojos del corazón a los de la carne* (*Sermón* 159,33) (IB 669). Y que el espíritu se conoce a sí mismo por sí mismo (*seipsum per seipsum videt*) (*Trin.* 10,3,5 -4,6). En esta segunda etapa de ascenso a Dios, contempla Agustín el alma que obedece a Dios y supera los vicios, por “la justicia y la caridad”, y busca a Dios “que es inmutable” (IB 670-671).

c) *Dios*. Dios que es *el ser mismo e inmutable* solamente puede ser alcanzado por una trascendencia de sí, por encima de mi yo. Y eso lo hace Agustín, en *inPs* 41, 5 y 8, de modo que puede hablar de *tangere Deum* (*inPs* 41,7-8) de modo que “yo sea casa de Dios y Dios sea mi casa” y, así, Dios habite en mí y yo en Él, y comience la fiesta de la contemplación del rostro de Dios desde la tienda de la Iglesia (IB 671).

## 1.5. La tienda de la Iglesia (in Ps 41,9)

Agustín In Ps 26,2-6, distingue entre *la casa* donde habitamos en la peregrinación terrestre, y el *tabernáculo* que es la tienda de los que luchan contra el mal. Agustín insiste en la necesidad de buscar a Dios desde el *tabernáculo*, es decir, en la Iglesia que es el camino hacia Dios y la fe auténtica.

tica, pues fuera de ella nos extraviarnos por los caminos de la herejía y el cisma como nos dice en *De Trinitate* 1,13 (IB 672-673).

### 1.5.1. Imitar el ejemplo de la hormiga (In Ps 41,16).

Se trata de una experiencia popular que Agustín utiliza en *InPs* 41,16, *Sermón* 38, 4,6 e *InPs* 36, 2,11. Este ejemplo nos invita a recoger la Palabra de Dios en el verano (en los tiempos buenos) para que nos ayuden a vivir con fe, esperanza y caridad los momentos de tribulación, o sea, en el invierno y los tiempos malos (IB 673).

## 2. LO QUE DICEN ALGUNOS BIBLISTAS SOBRE ESTE SALMO XLI

### 2.1. Lo que dice san Jerónimo

Para el patrono de los biblistas, el Salmo 41 evoca a los nuevos bautizados que participan en la Eucaristía (IB 359). Pues: “Muerto el diablo, buscan las fuentes de la Iglesia: el Padre, el Hijo y el Espíritu santo. Del Padre dice Jeremías que es fuente y afirma: “Me abandonaron a mí, fuente de agua viva”. Y en otro pasaje habla del Hijo pues dice: “Abandonaron la fuente de la sabiduría”. Y hablando del Espíritu Santo dice: “El que beba del agua, que yo le daré, se convertirá dentro de él en un surtidor que salta hasta la vida eterna”... “Se ve pues que el misterio de la Trinidad son las tres fuentes de la Iglesia”. El alma creyente tiene sed de Dios, “del Dios vivo”. Antes del Bautismo se decían *¿cuándo entraré al ver el rostro de Dios?* Pero: “Se ha cumplido lo que pedían. Llegaron y entraron a ver el rostro de Dios. Pudieron contemplar el altar y el misterio del Salvador”. Así, regenerados por el Bautismo y al recibir el Cuerpo de Cristo pueden decir que: *Marchaba a la cabeza del grupo a la casa de Dios*. Los Apóstoles nos sacaron del mundo, donde estábamos muertos por el pecado, y nos hicieron “ver el sol y la verdadera luz y emocionarnos en lo íntimo de nuestra alma, de puro gozo, y decimos: *Espera en Dios, aún le alabaré, salvación de mi rostro y mi Dios*” (CCL 78,542-544).

### 2.2. Lo que dicen, sobre este salmo, H-J. Kraus y otros autores

Para este autor el salmo que comentamos y el siguiente forman una unidad, que enlaza “el estribillo del cántico” de oración, y que resalta “la exhortación a tranquilizarse”, con el “Dios vivo”, del que el ser humano “tiene ansias”, a pesar de parecer “olvidado” y “rechazado” por Yahvé y

rodeado de “enemigos que hacen escarnio de él” y todo el día preguntan “¿dónde está ahora tu Dios?”<sup>8</sup>.

Así, el orante “tiene sed” de Dios” y “un ansia devoradora” con la que tiende a Yahvé, por la que “desfallece del deseo”, de “entrar en el santuario” y ver “el rostro de Dios”, frente a los que le preguntan “¿dónde está ahora tu Dios?”. Con el recuerdo festivo de Dios “el orante quiere levantar su ánimo” y se “anima a sí mismo”.

Pero, lejos de Dios, el salmista escucha *el bramido* y el “*abismo* de las *aguas destructoras*” y recurre al Dios de la vida, su *roca* y tierra firme. Las fuerzas se van desintegrando y la pregunta repitiendo: “¿dónde está ahora tu Dios?”. Pero, el orante pide a Dios su luz y su verdad para entrar en su monte santo y en sus “moradas”.

Para Gunkel y otros autores *la finalidad* del salmo sería “la experiencia segura del Dios vivo” de la que “tiene sed la religión de todos los tiempos” que en Antiguo Testamento se objetiva en Sion y en el Nuevo Testamento en Cristo. Sin esta presencia la tristeza nos invade, pero con ella la esperanza y la luz del Dios fiel nos inunda.

Este es el misterio “tremendo y fascinante” de Dios, del que ya nos hablara san Agustín en sus *Confesiones*, y recogido por R. Otto en *Lo Santo*, ante el cual me enardezco y me horrorizo (*et inhorresco et inardesco*) o como dice el Santo: “Me horroricé de temor y a la vez me encendí de esperanza y de júbilo en tu misericordia, Padre” (Ib., IX, 4,9).

### 3. LO QUE DICE S. AGUSTÍN EN SU COMENTARIO A ESTE SALMO

1. Dice s. Agustín que el salmo comienza con “un santo deseo” que expresa, así, el que canta: “*Como ansía el ciervo las fuentes de agua así mi alma te ansía a ti mi Dios*”. Y, ¿quién es el que dice esto? Somos nosotros mismos, si así lo queremos. Pero no es un solo hombre sino “*el cuerpo de Cristo que es la Iglesia*” (Col 1,24). Pero no en todos los que entran en la Iglesia se encuentra este deseo sino en aquellos que “han gustado la suavidad de Dios” y reconocen lo que han gustado en este cántico, y saben que no están solos sino que en el campo del Señor, en todo el orbe de la tierra, se siente esta voz (PL 36,464). Y no se entiende mal esta voz si se siente como la de

<sup>8</sup> H.J. KRAUS, *Los Salmos* 1-59. Sígueme, Salamanca 1993. Estudio Salmos 42-43, 661-673. En adelante K.

aquellos catecúmenos que se apresuran a “recibir la gracia del bautismo”. Y, una vez recibido, se inflaman con un deseo aún más ardiente.

2. El título del salmo habla de los hijos de Coré que encontramos en otros salmos 43-48 y en núm 26,11. Es un gran misterio que los cristianos sean llamados hijos de Coré, es decir: hijos del esposo (Mt 9,15), hijos de Cristo, hijos del Calvario, pues por ellos Cristo fue crucificado en el Calvario (Mt 27,33) (PL 36,464). Y, por eso, los cristianos son hijos de su pasión de Cristo y redimidos por su sangre, hijos de su cruz que llevan en su frente, lo que sus enemigos hicieron en el lugar del Calvario. Así: *los misterios de Dios, desde la creación del mundo, se entienden por sus obras* (Rom 1,20). Por tanto, hermanos, vivamos con avidez este deseo para que amemos y nos enardezcamos con esta sed y corramos a la fuente con la “insigne velocidad del ciervo” (PL 36,465).

3. Ahora bien, la Escritura no nos señala solamente este aspecto del ciervo sino que cuando mata las serpientes se enardece aún más y corre con más velocidad hacia las fuentes de agua viva. “Las serpientes son tus vicios, destruye las serpientes de la iniquidad y entonces desearás aún más la fuente de la verdad”. Así, la avaricia hace burla de la Palabra de Dios, pues si eliges hacer el mal, antes que despreciar la ventaja temporal, entonces “eliges ser mordido por la serpiente y no matar la serpiente” (PL 36,465). No se puede correr a la fuente de la verdad entregado a deseos perversos. No basta con no ser avaro o adúltero o no tener odio ni envidia sino que Dios ha de rehacernos y llenar con su plenitud nuestra sed como al ciervo más veloz tras la muerte de las serpientes.

4. Hay otra cosa que se observa y se ha visto en los ciervos, pues cuando andan en bandada y cruzan una corriente fuerte, ponen unos sobre otros sus cabezas, y se relevan unos a otros, del primero al último, de modo que el que iba primero, cuando soportaba el peso de su cabeza, cuando está fatigado va al final del grupo para recuperarse de su fatiga, y, así, hacen su camino llevando unos el peso de los otros sin abandonarse nunca. Pero ¿acaso no habla a unos ciervos el apóstol cuando dice: *Llevad unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo* (Gal 6,2)? (PL 36, 466).

5. Un tal ciervo fundado en la fe, que aún no ve lo que cree, pero, deseando entender lo que ama, sufre sus contrarios, y sus tinieblas interiores, pues, cegados por sus vicios, insultan al creyente, diciéndole: *¿Dónde está ahora tu Dios?* Entonces el ciervo dice: *Mi alma tiene sed del Dios vivo, y ¿Cuándo vendré y apareceré ante el rostro de Dios?* “Esto es de lo que tengo sed: que venga y aparezca. Tengo sed en la peregrinación, en el camino,



y me saciaré en su venida” (PL 36,466). ¿Pero cuándo? Pues, cuanto más cerca se está de Dios más crece el deseo de su rostro, ese deseo clama: *Una cosa pido al Señor, eso buscaré, habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida* (Sal 26,4). ¿Para qué? *Para contemplar el deleite del Señor. Cuando venga y aparezca ante el rostro de Dios* (PL 36,466-467).

6. “Pero, entre tanto, mientras medito, mientras corro y estoy en camino: *Las lágrimas son mi pan día y noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios?*”. Fueron para mí *mis lágrimas*, no amargura sino *pan*, pues eran para mí mis lágrimas suaves, enardecido, como estaba, con la sed de aquella fuente de la que aún no podía beber. Y, al comer esas lágrimas más ansia tenía de la fuente. El pan se come de día, y de noche se duerme, pero las lágrimas se comen día y noche, pues la noche es el momento de la adversidad y el día de la prosperidad. Pero, en la prosperidad o en la adversidad, no abandono las lágrimas y el deseo de la fuente, “porque aunque esté bien en el mundo, estoy mal hasta que aparezca ante la faz de Dios” (PL 36,467). Pues, si la prosperidad de este mundo nos anima a alegrarnos, “su caducidad mortal y su volatilidad pasajera, ¿no tiene más de decepción que de delectación?” (PL 36,467). Y, aun cuando nos anime una cierta felicidad, como peregrinamos lejos del Señor, siempre se me dice *¿Dónde está tu Dios?*

El pagano me señala una piedra y dice: ¡He aquí mi Dios! Y, si yo me río él señala al sol o al cielo y dice: “He aquí mi Dios. ¿Dónde está tu Dios? Él encuentra lo que me muestra a los ojos de la carne, pero, aunque yo tengo qué enseñarle, él no tiene ojos para verlo. El me enseñó el sol, a mis ojos corporales, pero ¿a qué ojos enseñaré yo el Creador del sol?” (PL 36,467).

7. He meditado en *¿Dónde está tu Dios?*, por si pudiera no sólo creer sino también ver algo. “Pues veo las cosas que hizo Dios, pero no veo a Dios mismo que las hizo” (PL 36,467). Y, si deseo las fuentes de agua viva, y *si lo invisible de Dios por las cosas que ha hecho se contempla*, ¿qué haré para encontrar a mi Dios?: “Consideraré la tierra y su hermosura pues tiene artífice, y también el milagro de las semillas tiene un creador. Me asombra el mar y su grandeza y busco a su hacedor. Miro al cielo y la hermosura de las estrellas, el esplendor del sol y su luz cada día y la luna que alivia las tinieblas de la noche. Todas cosas admirables, dignas de alabar, que causan estupor, terrenas y celestiales. Pero aún no se queda ahí mi sed: Esto miro, esto alabo, pero tengo sed de aquél que hizo estas cosas” (PL 36,468).

Y: “Me vuelvo a mí mismo, y busco quién soy yo que tales cosas investigo. Y encuentro que tengo cuerpo y alma, una para regir y otro para ser regido, pues el cuerpo debe servir y el alma mandar. Veo que el alma es mejor que el cuerpo, y quién busca estas cosas es el alma no el cuerpo. Y, sin embargo, me doy cuenta que todo lo que he visto, por el cuerpo, me ilumina a mí mismo. He alabado la tierra, el mar, el cielo, las estrellas y el sol, pero los he conocido por los ojos. Estos son de carne pero son las ventanas del alma, dentro está el que ve por ellas, y, cuando falta el conocimiento, en vano se abren. Dios hizo estas cosas, que veo con los ojos, pero no debe ser buscado con estos ojos” (PL 36,468).

De hecho, hay algo que el espíritu mismo ve, pero no son los colores ni la luz que veo con los ojos, ni el sonido que sienten los oídos, ni la suavidad de los olores de la nariz, ni el sabor del paladar y la lengua, ni se trata de la dureza ni la molicie del cuerpo, ni del rigor ni el fervor, ni de lo áspero ni lo suave. “Pero si hay algo dentro que veo, ¿qué es lo que veo dentro? No es el color ni el sonido ni el olor ni el sabor ni el calor o el frío, ni la dureza ni la suavidad. ¡Que se me diga sino qué color tiene la sabiduría! Y, si pensamos en la justicia y gozamos de la belleza, en nuestro interior, ¿qué es lo que suena al oído? ¿qué, como el vapor sube a las nariz?, ¿qué se adentra en la boca? ¿qué se palpa con la mano y deleita? Pero, es algo interior y bello, y se le ve y se le alaba, y si estos ojos están en tinieblas, el espíritu se goza en su luz. ¿Qué es lo que veía Tobías cuando, ciego, daba consejos de vida a su hijo que veía? (Tob.4,2) (PL 36,468).

Hay algo que el mismo espíritu, señor, rector y habitante del cuerpo, ve: que no siente por los ojos del cuerpo, ni por los oídos, ni por la nariz, ni por el paladar ni por el tacto corporal sino por sí mismo, y mejor por sí mismo que por su siervo el cuerpo. “Es más, el espíritu se ve así mismo por sí mismo y él mismo se conoce” (PL 36,468). Y no busca el auxilio de los ojos corporales para verse a sí mismo, e incluso se abstrae de todos los sentidos corporales como impedimentos y obstáculos para verse y conocerse a sí mismo por sí mismo. Pero, ¿acaso hay algo en Dios que es como es el espíritu? No se puede ver a Dios sino es por el espíritu, pero no se le puede ver como al espíritu. “Pero algo busca el espíritu que es Dios, de lo que se burlan los que dicen *¿Dónde está tu Dios?* Pues busca una verdad inmutable y una sustancia sin defecto. Pero el espíritu no es así, pues decae, progresa, conoce e ignora, recuerda y se olvida, unas veces quiere esto, otras veces no lo quiere. Estos cambios no encajan en Dios. Y si dijera: Dios es mutable, me insultarían los que me dicen: *¿Dónde está tu Dios?* (PL 36,469).

8. “Al buscar a mi Dios en las cosas visibles corporales y no encontrarlo, buscando su sustancia en mí mismo, como si fuera algo como soy yo y no encontrarlo, siento que mi Dios es algo más que mi alma. Y, para tocarle: *He meditado estas cosas y he volcado mi alma sobre mí*. ¿Cuándo alcanzará mi alma lo que busca sobre ella si no se derrama sobre sí misma? Pues si permanece en sí misma sólo se verá a sí misma y ciertamente no verá a su Dios”. (PL 36,469).

Digan pues mis detractores: *¿Dónde está tu Dios?* Y, cuando no le veo, cuando se aleja, me como mis lágrimas día y noche. Que ellos sigan diciendo: *¿Dónde está tu Dios?* Pues busco a mi Dios en todo cuerpo terrestre y celeste y no le encuentro, busco su sustancia en mi alma y no la encuentro, pero he meditado la búsqueda de mi Dios, y deseando columbrar por *las cosas creadas, entendidas, lo invisible de Dios* (Rom1, 20), he derramado sobre mí mi alma y no queda ya a quién dé alcance sino a mi Dios. “Pues allí está la casa de mi Dios, sobre mi alma, y allí habita, desde allí me mira, desde allí me creó y me gobierna y me cuida, desde allí me anima y me llama, me dirige, conduce y me eleva” (PL 36, 469).

9. Pues aquél que tiene una casa altísima, en lo secreto, tiene también un tabernáculo en la tierra. Su tabernáculo en la tierra es su Iglesia que aún peregrina. Pero aquí se ha de buscar, porque en el tabernáculo se encuentra el camino por el que se llega a la casa. “Así pues, cuando derramé mi alma sobre mí para alcanzar a Dios ¿por qué hice esto? *Para entrar en el lugar del tabernáculo*. Pues erraría si buscara a mi Dios fuera del tabernáculo. *Pues entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios*. Y entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios. Ya admiro muchas cosas en el tabernáculo. ¡He aquí cuantas cosas admiro!: Pues el tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles, admiro en ellos la entrega de sus miembros, pues no reina en ellos el pecado que obedece sus deseos, *ni exhiben sus miembros como armas de la iniquidad del pecado* sino que se entregan al Dios vivo por las buenas obras. Y admiro al alma, que sirve a Dios con los miembros del cuerpo” (PL 36, 469).

“Y miro a la misma alma obediente a Dios, organizando las obras de sus manos, frenando sus concupiscencias, reprimiendo la ignorancia, dándose a toda obra difícil, tolerando lo áspero y consagrada a la justicia y la caridad para con los demás. Admiro estas virtudes en el alma, pero aunando en el lugar del tabernáculo. Paso sobre estas cosas, y, aunque el tabernáculo sea admirable, me quedo estupefacto cuando llego hasta la casa de Dios. De esta casa se dice, en otro salmo que propone una cuestión cruda y difícil: ¿por qué en esta tierra, con frecuencia, a los malos les va

bien y a los buenos les va mal, y dice: *Intenté conocer este trabajo que está ante mí, hasta que entre en el santuario de Dios y entienda las cosas más nuevas* (Sal 72,16-17). Pues en el santuario de Dios, en la casa de Dios está la fuente del conocimiento. Allí comprendí estas cosas novísimas y resolví el enigma de la felicidad de los malos y las fatigas de los justos. ¿Cómo lo resolví? Porque a los malos, cuando aquí se les aplazan las penas, se las reservan para el final, y a los buenos, cuando aquí sufren, se les ejercita para que, al final, consigan la herencia eterna. Y esto conocí en aquel santuario de Dios y entendí las cosas inauditas” (PL 36,470).

“Subiendo el tabernáculo llegué a la casa de Dios. Pero, mientras se admiran sus estancias, fui conducido a la casa de Dios siguiendo una dulzura, un placer interior y oculto, como si de la casa de Dios sonase un órgano musical y andando por el tabernáculo, oído un sonido interior y conducido por su dulzura, siguiendo este sonido, se abstrae todo estrépito de la carne y de la sangre, y se llega a la casa de Dios. Pues su camino y su conducción la recuerda como si le dijéremos: “Admiras el tabernáculo en esta tierra, ¿cómo llegaste al misterio de la casa de Dios? *Transportado, dice, por la voz de la exultación y la confesión y la música que celebra la fiesta*” (PL 36, 470).

Pues mientras, aquí, los hombres celebran también su lujuria, y tienen la costumbre de poner instrumentos delante de sus casas o música que sirve a su lujuria licenciosa. Y cuando la oímos, los que pasamos, preguntamos ¿de qué se trata?, y se nos responde que hay alguna fiesta. Se dice que se celebran nacimientos o que hay boda, de modo que no se vean aquellos cánticos necios y se excuse la celebración de la lujuria. “En la casa de Dios la fiesta es eterna. Pues no se celebra algo que pasa. Es una fiesta eterna, el coro de los ángeles, el rostro presente de Dios, la alegría sin fin. Este día de fiesta no tiene principio ni fin. De aquella festividad, eterna y perpetua, suena no sé qué melodía dulce a los oídos del corazón si no la perturba el mundo. Al que anda por este tabernáculo y considera las maravillas de Dios, en la redención de sus fieles, le acaricia su oído el sonido de esta fiesta que arrebató al ciervo a las fuentes de agua” (PL 36,470).

10. “Pero porque, hermanos, mientras estamos en este cuerpo *peregrinamos lejos del Señor* (2Cor 5,6), y el *cuerpo corruptible oprime el alma y deprime la vida terrena los sentidos pensando en muchas cosas* (Sab 9,15), y, aunque algunas veces disipadas las tinieblas, guiados por el deseo, oigamos este sonido, de modo que algo de aquella morada de Dios captemos con nuestro esfuerzo, sin embargo, por nuestra enfermedad recaemos en nuestras costumbres y nos disipamos en las cosas acostumbradas. Y, aunque ahí

encontremos donde alegrarnos, tampoco nos falta de qué gemir. Así, este ciervo comiendo sus lágrimas, día y noche, arrebatado por el deseo de las fuentes de agua viva, a saber, por la dulzura interior de Dios, derramando su alma sobre sí, para alcanzar lo que está por encima de ella, caminando por el admirable tabernáculo hasta la casa de Dios, y guiado por el deleite de un sonido interior e inteligible, de modo que desprecie todas las cosas exteriores y sea arrebatado por las interiores, todavía no está seguro, aún gime aquí, todavía soporta su carne frágil y peligra entre los escándalos de este mundo”(PL 36,471).

“Mira uno, pues, hacia sí, viendo de donde viene y se dice a sí mismo, fundado en esas tristezas, y compara, con aquellos que han entrado y después han salido, aquello que ha visto: *¿Por qué, dice, estás triste alma mía y por qué me inquietas?* Pues ya nos hemos alegrado con una dulzura interior y con la agudeza de la mente hemos podido ver, aunque sorprendidos y arrebatados, algo inmutable, ¿por qué todavía te intranquilizas y aún estás triste? ¿Acaso dudas de tú Dios? ¿No hay quién te diga, contra los que te dicen *¿Dónde está tu Dios?*: Ya has sentido algo profundamente inmutable, ¿por qué te perturbas? *Espera en Dios*. Y como si respondiese a su alma en silencio: ¿Por qué me inquieto sino porque aún no estoy allí, donde está aquella dulzura por la que soy arrebatado como de paso? ¿Acaso ya bebo de aquella fuente de la que no temo nada ni sufro ningún escándalo o estoy segura porque tengo todas las concupiscencias dominadas y vencidas? ¿Acaso no vigila contra mí el diablo mi enemigo y no me tiende sus lazos cada día e intenta engañarme? ¿No quieres que me inquiete puesta en el siglo y peregrina aún lejos de la casa de mi Dios? Pero: *Espera en Dios*, responde al que se inquieta en su alma como dando razón de su inquietud por los males en los que abunda este mundo, pero entre tanto habita en la esperanza, pues *la esperanza que se ve no es esperanza, pero si esperamos lo que no vemos por la paciencia lo esperamos* (Rom8,24-25)”(PL 36,471)

11. “*Espera en Dios* ¿Por qué *Espera?* *Porque le confesaré* ¿Qué le confesarás? *Salud de mi rostro, Dios mío*. Pues como la salvación no puede venir de mí, esto diré y confesaré: *Salud de mi rostro, Dios mío*. Pues, para que tema, en aquellas cosas que de algún modo doy por sabidas, miro de nuevo solícito para que no me engañe el enemigo, pues no dice Dios, aún: *Soy tu salvación* total. Sino que *teniendo las primicias del Espíritu en nosotros mismos gemimos esperando la emancipación y la redención de nuestro cuerpo* (Rom 8,23). Aquella salud perfecta la tendremos cuando estemos en la casa de Dios viviendo sin fin y alabando al que dijo: *Dichosos los que habitan en tu casa Señor, por los siglos de los siglos te alabarán* (Sal 83,5) (PL 471-472).

“Esto aún no acontece porque no está presente la salvación que se promete, pero confieso a mi Dios en esperanza y le digo: *Salud de mi rostro Dios mío. En esperanza hemos sido salvados, pues la esperanza que se ve no es esperanza* (Rom 8,24). Persevera, pues, hasta que llegues, persevera hasta que venga la salud. Escucha a tu mismo Dios que te dice desde dentro: *Espera en el Señor, actúa varonilmente, confórtese tu corazón y confía en el Señor* (Sal 26,14), *porque el que persevera hasta el final se salvará* (Mt 10,22). *¿Por qué, pues, estás triste alma mía y porqué me perturbas? Espera en Dios que le confesaré.* Y, ésta es mi confesión: *Salud de mi rostro, Dios mío*” (PL 36,472).

12. “*Mi alma está inquieta en mí mismo.* ¿Acaso está inquieta por Dios? Por mí está inquieta: Por lo inmutable se rehace, por lo mudable se perturba. Sé que la justicia de mi Dios permanece, pero no sé si permanece la mía. Y, me aterroriza el apóstol cuando dice: *El que cree estar firme, tenga cuidado no caiga* (1Cor 10,12). Pues mi seguridad no está en mí, no hay esperanza en mí por mí. *Por mí mismo está turbada mi alma.* ¿Deseas que no sea turbada? No permanezcas en ti mismo y di: *A ti, Señor levánte mi alma* (Sal 24,1). Escucha esto más claramente: No confíes en ti sino en tu Dios. Porque si confías en ti, tu alma se turbará en ti porque aún no ha encontrado en ti seguridad” (PL 36,472).

“Luego si mi alma está inquieta, en mí, ¿qué queda sino la humildad de modo que no presuma de sí misma? ¿Qué queda sino que se haga muy pequeña y que se humille para que merezca ser exaltada? Nada se atribuya a sí misma para que Él le conceda lo que es útil. Luego porque mi alma está inquieta en mí y esta turbación la hace la soberbia *por eso me he acordado de ti, Señor, en la tierra del Jordán y el Hermón y el monte menor.* ¿Dónde me he acordado de ti? Desde el monte pequeño y la tierra del Jordán. Acaso del bautismo donde se perdonan los pecados. Pero nadie acude a la remisión de los pecados sino el que se desagrada a sí mismo, nadie corre a la remisión de los pecados sino el que se confiesa pecador, nadie se confiesa pecador si no se humilla a sí mismo ante Dios”. Por tanto, *desde la tierra del Jordán me he acordado de ti y desde el monte pequeño,* no del monte grande, para que del monte pequeño te hagas grande: *porque el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado* (Lc 14,11; 18,14). Si miras la interpretación de los nombres: Jordán es ‘descenso de ellos’. Desciende, pues, para ser elevado, no te ensalces para no ser aplastado *desde el Hermón monte pequeño,* pues Hermón se interpreta ‘anatema’. Hazte anatema tú mismo, desagradándote a ti, pues desagradarás a Dios si te complaces a ti mismo. “Pues Dios nos da todos los bienes porque es bueno, no porque nosotros seamos dignos, porque él es misericordioso, no porque merezcamos algo

sino porque *desde la tierra del Jordán y el Hermón me he acordado de Dios*. Y el que se acuerda humildemente merecerá disfrutar de ser exaltado porque no se exalta en sí mismo sino que se gloría en Dios” (PL 36,472).

13. “*El abismo invoca al abismo con el ruido de sus cataratas*. Quizá puedo explicar este salmo ayudado por vuestro interés cuyo fervor veo. No me cuido bastante de vuestro trabajo por oírme sino de mí que hablo y así me veis sudando por este esfuerzo. Pues viendo mi esfuerzo, ciertamente, colaboraréis, pues no trabajo para mí sino para vosotros. Oíd, pues, lo que veo que queréis: *El abismo invoca al abismo con la voz de sus cataratas*, dijo Dios a aquél que le recordó desde la tierra del Jordán y el Hermón. Y admirando esto digo: *El abismo invoca al abismo con la voz de sus cataratas*. ¿Qué abismo invoca al abismo? La comprensión de estas cosas es verdaderamente un abismo, pues el abismo es una profundidad impenetrable y se suele decir, máxima, en la multitud de las aguas. Allí hay una altura y una profundidad que no se puede penetrar hasta el fondo. Y, finalmente, en cierto lugar se dijo: *Tus juicios son un gran abismo* (Sal 35, 7), deseando la Escritura recordar que los juicios de Dios son incomprensibles” (PL 36,473).

“¿Qué abismo invoca al abismo? Si el abismo es la profundidad, ¿pensamos que el corazón del hombre no es un abismo? ¿qué hay más profundo que este abismo? Los hombres pueden decirlo, pueden verlo por sus miembros, oírlo por la palabra, pero ¿quién puede penetrar el pensamiento del corazón que se examina? ¿qué lleva dentro? ¿cuál es su poder? ¿qué hace dentro? ¿qué dispone dentro? ¿qué quiere dentro, qué no quiere? ¿quién lo sabrá? Pienso que no es algo absurdo entender el abismo humano del que en otro lugar se ha dicho: *Llega el hombre a lo más profundo del corazón y Dios será exaltado*” (Sal 63,7-8).

Pero, si el hombre es un abismo, ¿cómo invoca el abismo al abismo? ¿El hombre invoca al hombre? Y lo invoca como Dios “es invocado? No. Sino que “invoca” se dice que “llama hacia sí”. Pues se dijo de uno: *Invoca a la muerte*, esto es: de tal manera vive que atrae la muerte hacia sí. Porque ningún hombre hace oración, para invocar la muerte sino que al vivir mal los hombres se atraen la muerte: *El abismo invoca el abismo*, el hombre al hombre. Así se aprende la sabiduría, así se aprende la fe cuando el abismo invoca al abismo. Los predicadores santos de la palabra de Dios invocan al abismo. ¿Acaso ellos no son el abismo? Para que sepas que también ellos son el abismo el apóstol dice: *No me importa ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano*. Pero, para que veáis qué profundo es el abismo, oíd además: *Ni yo mismo me juzgo a mí mismo* (1 Cor 4, 3).

Pues, ¿no creéis que hay tanta profundidad en el hombre que está oculta al mismo hombre en el que habita? ¿Cuán profunda era la enfermedad que se ocultaba en Pedro?, cuando ni el mismo sabía qué había dentro de él: si moriría con el Señor o prometía temerariamente morir por Él (Jn 13,37). ¡Qué abismo tan profundo tenía! Ese abismo estaba desnudo a los ojos de Dios, por eso Cristo le anunciaba lo que él en sí mismo ignoraba. Luego todo hombre, aunque sea santo, aunque sea justo, aunque progrese en muchas cosas, es un abismo, y llama al abismo cuando predica al hombre algo de la fe, alguna verdad de la vida eterna. Pero, entonces, es útil que el abismo invoque al abismo cuando acontece que *el abismo invoca al abismo con la voz de tus cataratas*. Así, el hombre enriquece al hombre, pero no por su palabra sino *por la voz de tus cataratas* (PL 36,473-474).

14. Ved otra interpretación de: *El abismo invoca al abismo en la voz de tus cataratas*. Yo que me estremezco cuando está perturbada mi alma, he temido con vehemencia tus juicios pues: *tus juicios son un profundo abismo y el abismo invoca al abismo* (Sal 35,7). Porque bajo esta carne mortal fatigosa, pecadora, llena de molestias y escándalos, sometida a las concupiscencias, hay una condenación de tu juicio cuando dijiste al pecador: *Morirás con la muerte y: Con el sudor de tu frente comerás tu pan* (Gén 2,17 y 3,19). Pero, si los hombres viven mal aquí, *el abismo invoca al abismo*, porque irán de pena en pena, de tiniebla en tiniebla, y de profundidad en profundidad, de suplicio en suplicio, y del ardor de la concupiscencia a las llamas de la gehena.

Y esto quizá es lo que temió este hombre que dijo: *Mi alma está turbada en mí mismo, por eso me he acordado de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y del Hermón*. Debo ser humilde, pues me han horrorizado tus juicios y los he temido vivamente, y, por eso, *mi alma se halla turbada en mí*. ¿Y qué juicios tuyos he temido? ¿Acaso son pequeños tus juicios? Son grandes, son duros, son molestos, y, ¡ojalá!, fueran los únicos: *El abismo invoca al abismo con la voz de tus cataratas*. Porque tú amenazas y dices que tras estos trabajos falta otra condenación: *en la voz de tus cataratas el abismo invoca a abismo. ¿Adónde me esconderé de tu mirada y adónde huiré de tu espíritu?* (Sal 138,7), si el abismo invoca al abismo, si después de estos trabajos se temen otros aún más graves (PL 36,474).

15. *“Todas tus amenazas y tribulaciones vinieron sobre mí*. Las tribulaciones que siento, los peligros con que amenazas, todo lo que sufro es tu tempestad. Toda amenaza pendiente es tuya. En las tempestades se invoca un abismo, en el peligro pendiente se invoca otro abismo. En lo que me fatigo son tribulaciones, aquello con lo que me amenazas es más duro, pues todas tus amenazas vinieron sobre mí. El que amenaza aún no oprime sino



que deja todo pendiente. Pero, porque también liberas dije a mi alma: *Espera en Dios porque aún le confesaré, salud de mi rostro, Dios mío*. Porque cuanto más grandes son los males, más dulce será tu misericordia” (PL 36,474).

16. “Y, por eso, sigue: *De día ha enviado el Señor su misericordia y de noche la manifestará*. Nadie está pronto para escuchar en la tribulación. Atended cuando os va bien, escuchad cuando estáis bien, aprended cuando estáis tranquilos y recoged como alimento la enseñanza de la sabiduría y de la palabra de Dios. Cuando alguien sufre la tribulación, debe aprovecharle lo que oyó cuando estaba seguro. Pero, también, en la prosperidad, te envía Dios su misericordia, si le sirves fielmente, pues te libra de la tribulación. Pero no te declara la misma misericordia que te envió de día sino por la noche. Cuando llega la tribulación, no te abandona su ayuda sino que te muestra que fue verdadera la que te envió de día. Pues está escrito en cierto lugar: *Es hermosa la misericordia del Señor en el tiempo de tribulación como las nubes de lluvia en la sequedad* (Eclo 35, 24)” (PL36, 474-475).

*De día envió Dios su misericordia y por la noche la mostró*. No te pudo mostrar que te ayudó si no te hubiese venido la tribulación, de modo que seas librado por aquello que te prometió en el día. *Por eso, se nos amonesta a imitar a la hormiga* (Prov. 6,6). Pues como la prosperidad del mundo significa el día, la adversidad del siglo significa la noche, y, de otro modo, la prosperidad de mundo se significa por el verano y la adversidad en el invierno. ¿Y qué hace la hormiga? En el verano recoge lo que le aprovecha en el invierno. “Por tanto, cuando es verano, cuando os va bien, cuando estáis en paz, oíd la palabra del Señor. Pero, ¿dónde acontece que, en esta tempestad de este siglo, podáis cruzar todo este mar sin tribulación? ¿Cómo puede ocurrir? ¿A qué hombre sucede esto? Pues si le ocurre a alguien, más hay que temer esa tranquilidad. *Pues de día enviará el Señor su misericordia y de noche la mostrará*” (PL 36,475).

17. ¿Qué, pues, debes hacer en esta peregrinación? ¿Qué harás? *En mi está la plegaria al Dios de mi vida*. Esto es lo que hago aquí como ciervo sediento y deseoso de las fuentes de agua, recordando la dulzura de aquella voz por la que fui conducido, por el tabernáculo, hasta la casa de Dios. Y, cuando este cuerpo que se corrompe *hace pesar al alma* (Sab 9,15), *en mi la oración al Dios de mi vida*. “Pues, no iré a suplicar a Dios, para que me oiga, a lugares lejanos o al otro lado del mar, ni traeré de lejos incienso y aromas, ni tomaré un ternero o un carnero de mi rebaño sino que: *En mí haré la plegaria al Dios de mi vida*. Dentro de mí tengo una víctima que inmolar, dentro tengo incienso que ofrecer y un sacrificio que entregar a mi Dios: *El sacrificio de un espíritu humillado ante Dios* (Sal 50,19). Qué sacrificio, de

un espíritu humillado, tenga dentro, escucha: *Diré a Dios: tú eres mi refugio, ¿por qué me has olvidado?* Pues, así sufro aquí como si tú me hubieras olvidado. Pero tú me ejercitas y conocí que me das largas, pero no me quitas lo que me prometiste, sino que: *¿por qué me has olvidado?* Pues, como, con nuestra voz, nuestra cabeza clamó: *Dios mío, Dios mío ¿porque me has abandonado?* (Sal 21,2, y Mt 27,46) *Diré a Dios: tú eres mi refugio, ¿por qué me has olvidado?* (PL 36,475).

18. *¿Por qué me has rechazado? ¿Por qué me has rechazado* desde la altura de la fuente de inteligencia de la inmutable verdad? ¿Por qué, mientras aspiraba a ella, por la gravedad y el peso de mi iniquidad, he sido arrojado de esta? Dice en otro lugar esta voz: *Yo vi en mi éxtasis*, donde he visto no sé qué gran exceso de la mente: *yo dije en mi éxtasis: ¡He sido arrojado de la faz de tus ojos!* (Sal 30,23). Pues, comparando estas cosas en las que ahora está, con aquellas a las que había sido elevado, se ve arrojado lejos de la faz de los ojos de Dios como aquí dice: *¿Por qué me rechazaste, por qué ando apenado mientras me aflige el enemigo y rompe mis huesos*, aquel diablo tentador con escándalos numerosos, por todas partes, cuya abundancia enfría la caridad de muchos? (Mt 24, 12).

Pues, cuando vemos los más fuertes de la Iglesia ceder muchas veces a los escándalos, acaso no dice el cuerpo de Cristo: *“El enemigo rompe mis huesos*. Pues los huesos son fuertes pero algunas veces los más fuertes ceden a las tentaciones. Y cuando alguien del cuerpo de Cristo considera estas cosas, ¿no clama con la voz del cuerpo de Cristo?: *¿Por qué me rechazaste, por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo y rompe mis huesos?* No sólo mis carnes sino también mis huesos, de modo que aquellos en los que se pensaba había alguna fortaleza los ves ceder en la tentaciones, de modo que los demás enfermos desesperen cuando ven sucumbir a los fuertes. ¡Cuántos son estos peligros, hermanos míos!...

19. *Me reprobaban los que me atribulan*, dice de nuevo aquella voz, *mientras me repiten cada día ¿Dónde está tu Dios?* Y sobre todo, dicen estas cosas ante las tentaciones de la Iglesia *¿Dónde está tu Dios?* Cuántas veces oyeron los mártires estas cosas, siendo fuertes y pacientes por el nombre de Cristo, cuando se les dijo: *“¿Dónde está vuestro Dios? Que os libere si puede”*. Los hombres veían sus tormentos por fuera, pero no veían sus coronas por dentro. *Me reprobaban los que me atribulaban, mientras me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?*

Y, por eso, yo, porque mi alma esta turbaba, qué diré sino aquello: *¿Por qué estas triste, alma mía, y te me perturbas?* Y, como respondiendo: “No

quieres que te perturbe, sometida a tantos males, suspirando por las cosas buenas, sedienta y trabajando, ¿no quieres que te perturbe? *Espera en Dios, porque aún le confesaré*. Y, dice esa confesión y repite con esperanza asegurando: *Salud de mi rostro, Dios mío*.

Domingo Natal Álvarez  
Estudio Agustiniano de Valladolid

